



### XIII

#### *Jesucristo Sacramentado, Luz de la Iglesia Católica y del individuo particular.*

*Et lucerna ejus est Agnus,  
Y la lámpara de ella es el Cordero.  
APOC. XXI, 23.*

1. Con harta frecuencia oímos que se hace la siguiente pregunta: ¿Cuál es la causa de que el mundo esté tan depravado? Unos lo atribuyen á la malicia de los hombres, otros á las libertades modernas, quiénes á la suerte de los presentes tiempos, quiénes á la falta de justicia y energía en las autoridades; pero lo cierto es que todos estos motivos no son la causa primordial, serán causas secundarias de donde procederán otra serie de infinitos males, serán como retoños de envejecido árbol, afluentes del río madre, mas de ninguna manera el árbol que produce tantas perniciosas ramas y tantos frutos detestables, ni el río que arrastra cenagosas aguas. La verdadera y principal causa, aunque no absolutamente única de la maldad del género humano, es la ignorancia, la carencia de conocimientos en los deberes respectivos de cada uno; y la ignorancia engendra el desprecio de las cosas que se ignoran; y el desprecio acarrea el atropello de la razón, de la verdad, de la justicia y de la ley. ¿Véis á un ignorante? Pues ese desgraciado no piensa más que en lo que ven sus ojos materiales; ni ama otras cosas á excep-

ción de lo que palpan sus manos, porque las ignora, porque para él no existen; desestima toda ilustración, y por consiguiente á sus profesores; sus alcances intelectuales, que no pasan del estado de embrión, los constituye por norte de sus operaciones; le veréis que no solamente desprecia sino que aborrece á los hombres de ciencia y hasta se ensaña contra ellos con el deseo, y con la obra si pudiera. Hay que advertir, empero, que la ignorancia es como un soldado desnudo, despojado de todo formidable arreo; y así como éste, cubierto con el uniforme y provisto de fuertes armas, es un individuo temible, de la propia manera, la ignorancia ayudada de la malicia, innata al corazón humano, produce seres enteramente monstruosos, de suerte que podíamos llamar á la malicia concausa de la ignorancia.

2. Solamente hay un medio de evitar tamaños males: oponer á la ignorancia su contrario, el conocimiento verdadero; y para esto se necesita luz clara. Mas ¿cómo es que en un siglo de tanta ilustración, como el presente, siglo en que se leen interminables periódicos, en que se forman grandes sociedades y erigen ateneos científicos, y en que el comercio ha progresado de una manera espantosa, estamos más atrasados, hay más ignorancia del propio deber en las clases sociales? La respuesta es muy fácil; es que no se enseña la verdad: de ahí esa infinidad de castillos aéreos que se forjan las inteligencias ignorantes, y la depravación universal.

3. No obstante, la luz que emite la Religión Católica es la que puede remediar desdicha tanta, ya que no es más que la irradiación total de la Luz eterna y única, que es Dios. En efecto, este Hombre Dios únicamente puede con su divina luz hacer á los pueblos felices; y esta eterna luz nos la ostenta continuamente en el Sacramento del Altar.

¿Os habéis fijado en el sol, cuando, colocado en medio del horizonte, extiende inquieto sus rayos de oro sobre la superficie de la tierra, enviándola al propio tiempo calor potente para que lleve una existencia vigorosa? ¿No habéis observado cómo con él se hermosea todo y sin él parece que de la creación se ha escapado la vida y la alegría? Pues bien:

Jesús en el Sacramento del Altar es el Sol divino que, puesto en medio del limpio firmamento de la Iglesia, emite sin cesar los claros rayos de su inextinguible luz, á fin de que esta Iglesia camine sin tropiezo por entre las tinieblas del mundo, y conserve la eterna vida de que la dotara su Autor en un principio. Todo en la Iglesia es hermoso con la Eucaristía: los templos, los sacerdotes, los pueblos cristianos, las leyes canónicas, y hasta los reinos sujetos á la fe de Cristo conservan un carácter indeleble del que carecen los infieles; sin la Eucaristía, la Iglesia carecería de la causa que le otorga la vida íntima y el gozo santo, y poco ó nada en ella sería dignamente respetado y venerado.

*Jesucristo en la Divina Eucaristía es nuestra luz; mas para desarrollar debidamente este vasto asunto, lo dividiré en dos partes: 1.<sup>a</sup> Jesús Sacramentado es Luz de la Iglesia Católica. 2.<sup>a</sup> Es también Luz de las almas cristianas.*

#### §. I.

1. Arrojado en dulce éxtasis, columbró S. Juan la ciudad santa de Jerusalén ricamente engalanada; y entre tantas preciosidades pudo notar que sólo un poderoso agente hermoseaba todo lo demás: era la luz identificada en el Cordero inmaculado, que, como luciente antorcha, iluminaba con vivos resplandores la mansión beatífica. Mas esta santa ciudad, en sentir de los sagrados intérpretes, no sólo es el cielo, que eternamente poseerán los justos, sino también la Iglesia de Dios, que subsistirá en los siglos del tiempo. He ahí por qué el Cordero Divino Sacramentado es la antorcha refulgente de la Iglesia, según afirman los exégetas al comentar el texto del propio capítulo: «He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres».

Tiene, por lo tanto, la Esposa del Cordero luz propia, no necesitando que la iluminen del exterior, porque Cristo Sacramentado á quien posee brilla con esplendor divino y la comunica su luz. No necesitó que los pueblos antiguos, ni que las naciones cultas presentes, ni aun las generaciones venideras le tracen nuevos caminos; porque la antorcha de

que la Iglesia se sirve es eterna; ni podrán los legisladores del mundo moderno rebatir sus disposiciones por no estar conformes con las suyas, ya que precisa que éstos se equivoquen antes que la Iglesia. Su luz es infinita: abarca todos los lugares, y allí donde hieren sus fuertes rayos, deja sentir en seguida su influencia.

5. Podemos semejar la Iglesia á un esbelto faro que, mostrando en su parte superior á Cristo Sacramentado, irradia sus bellos fulgores por entre sus espaciosas claraboyas, que son los predicadores evangélicos, iluminando de este modo las inteligencias y los pueblos y las naciones y todo el mundo; y si alguna vez los hombres que pueblan estas moradas son sorprendidos de las espesas tinieblas, pueden levantar la vista hacia ese faro divino, y la pobre barquichuela del alma se dirigirá segura hacia el potente rayo que parte del Sacramento Santísimo.

Los paganos antes del Cristianismo estaban sentados en la sombra de la muerte, vivían entre nieblas densísimas; y para ellos, en frase de S. Mateo (1), apareció una intensa luz, *lucem magnam*; mas, ¿cuál es esta luz inmensa que iluminó las inteligencias de tantos gentiles, sino Jesucristo que ha irradiado sus esplendores sacramentales, sirviéndose de la Iglesia Católica?

6. Luz hermosísima que fué vaticinada elocuentemente por el príncipe de los profetas mayores. Nosotros no podemos menos de insertar sus mismas palabras: (2) «¡Oh Jerusalén! dice, ya no tendrás más sol que te alumbre de día, ni más luna que resplandezca de noche, porque el Señor te será luz perpetua;» y hablando como si se gozase con la vista de esa luz admirable, exclama lleno de júbilo: «Levántate, Jerusalén, recibe la luz, porque ha venido tu lumbre... y todos los pueblos andarán á tu alrededor para verse con ella». Ved aquí, pues, al Sacramento de la Eucaristía iluminando á todas las gentes que pretenden ver los resplandores de la verdad. En otra ocasión, el mencionado Isaías convidaba

(1) Math., IV, 16.

(2) Isaí. IX, erit tibi Dominus in lucem sempiternam.

á los israelitas para que caminasen con los fulgores de esa luz eterna; pero como el pueblo de Israel prefiguraba la Iglesia Católica, por eso propiamente el profeta convida á la Iglesia santa, apostrofándola de esta manera: «¡Casa (1) de Jacob! venid y caminemos en la lumbre del Señor». ¡Pueblo cristiano! anda por esos senderos esclarecidos con la luz del Sacramento Santísimo, y no temas, porque llegarás sin tropiezo al término de las aspiraciones de tu alma.

2. En comprobación de las precedentes ideas se ostenta la historia; ésta nos enseña elocuentemente que cuando los pueblos se han guiado por la inextinguible luz que parte de la Eucaristía, han sido felices; los enemigos no pudieron hacerles caer en la celada; pero cuando por el contrario se apartaron de esa luz bellísima, cuando prefirieron caminar por las tinieblas que otros les mostraron, entonces realmente no salieron de ellas, se sumergieron más en sus insondables abismos donde no encontraron otra cosa que horrible pavor y tormentos sin medida.

Fijaos en los pueblos antiguos que abrazaron por vez primera el Catolicismo y en los que no quisieron oír sus enseñanzas. Los primeros hallaron con el Catolicismo la vida, la ilustración, el progreso bien entendido: los segundos una vida triste, símbolo de la muerte, la rutina, la barbarie; aquéllos se perfeccionaron: éstos se confundieron; aquéllos pudieron ser maestros de otros pueblos: éstos por desgracia no se bastan ni á sí propios; y cuando los pueblos cultos, que fueron iluminados por la Iglesia, se rebelaron contra su Madre por querer seguir máximas que halagaban sus pasiones, aunque perniciosas en extremo, ¡qué confusión, qué embrollos, qué injusticias, qué barbarie, qué retroceso tan marcado no vemos han experimentado! ¡Ah! es que solamente existe una luz que ilumina, las demás obscurecen; aquélla es Jesucristo en el Sacramento de la Iglesia.

Pero, nuestro Señor Sacramentado es también luz de las almas cristianas.

(1) Isai., II, 5.

## §. II.

8. Á la manera que el rey de los astros es el centro del sistema planetario, de tal modo, que los planetas, esas inmensas esferas que en el espacio giran en derredor de aquél, serían cuerpos apagados si no recibieran luz de ese candente globo de fuego, así el Sacramento del Altar, verdadero sol de amor y de vida, es el centro de la Iglesia, donde sus astros secundarios, los siervos de Dios, brillan en el cielo católico porque reciben la luz divina que emite el Sol de Justicia. Por consiguiente, Jesucristo Sacramentado es también luz de las almas cristianas. No extraña semejante conclusión cuando el mismo Señor, antes de sacramentarse, puso en boca de Isaías, que Él, al venir al mundo, sería luz de las almas. «He aquí que yo te he establecido para que seas luz de las gentes». Concuerta este bello vaticinio con otro no menos admirable que el anciano Simeón dirigió al Salvador, teniéndole en sus brazos: «Tú has de ser, le dice, luz para revelación de los gentiles»; los pueblos paganos habían de conocer la verdad por la luz que les había de irradiar el Redentor, y hoy día y siempre, merced á la influencia de la antorcha de la Eucaristía, los misioneros evangélicos abren á las naciones bárbaras caminos expeditos que conducen al último término del hombre.

9. Cuando tantas autoridades no bastaran para comprobar nuestra aserción, el mismo Jesucristo, predicando á las turbas, les dice terminantemente: «Yo soy la luz del mundo. El que me sigue no andará en tinieblas, sino que tendrá la lumbre de la vida.» ¡Qué frases! Jesucristo es luz del mundo, luz verdadera no sólo de la Iglesia y de las almas santas, antes bien de todos los hombres para que todos puedan caminar por la verdadera senda de la salvación. Así se expresa el discípulo amado (1).

Pero bien, dirá alguno; creo que Jesucristo sea luz de los hombres; mas lo sería cuando estaba en el mundo, revesti-

(1) Joan., cap. I.

do de carne mortal, pero ahora que ya subió al cielo, no lo comprendo. Respondamos: aparte que Jesucristo siempre es luz de la Iglesia por medio de los miembros docentes de la misma, pues emiten la misma luz que recibieran de Jesucristo cuando al mundo vino, pero es el caso que el mismo Salvador, hablando de sí propio, dijo: «Mientras estoy en el mundo soy luz del mundo». Ponderemos estas palabras sin violentarlas que son de sí bastante concluyentes. Jesús está actualmente sacramentado en el mundo; luego el Santísimo Sacramento es luz del mundo, luz de las almas. ¡Oh Jesús! mientras estáis en el mundo sois luz del mundo y Vos vivís con nosotros, moráis en nuestra compañía, habitáis en nuestros templos; luego Vos sois nuestra luz, antorcha inextinguible, faro luminoso, sol resplandeciente.

10. Algunas propiedades de la luz del astro solar abrirán ancho campo á nuestra inteligencia para descubrir las del Sacramento de la Eucaristía. La luz del sol es tan perpetua como él, existirá hasta que el mismo astro, por voluntad divina, quede aniquilado; y la luz de la Eucaristía siempre enviará sus luminosos rayos á las almas hasta que todas éstas pasen á la eternidad. El rey de los astros envía su hermosa luz únicamente á aquellos países que le muestran su faz; mas cuando se la ocultan deja de enviársela, beneficiando al propio tiempo con sus efectos saludables á otras regiones que le saludan; así Jesús en la Eucaristía, emite sus rayos de amor á las conciencias que se le patentizan espontáneamente, y deja de enviarlos á los que se apartan de su presencia, no obstante que al propio tiempo los dirige á otras almas que, aunque llegadas más tarde, desearon ser iluminadas por Él. La luz del astro que vivifica el mundo planetario hermosea los objetos que hiera, matizándolos de oro, por el cual los objetos parecen revestidos de este metal precioso; también la luz con que nos obsequia la Eucaristía embellece las almas, otorgándoles su gracia, concediéndoles los dones del Espíritu Santo que los acaba de hermohear como taza de oro que contiene al Rey de los cielos. Cuando el rubicundo Apolo despliega con arrogancia

sobre la naturaleza sus finos y dorados cabellos, resucitan las plantas, ábrense los capullos, fortalecense los tallos, aumenta la vida vegetal, y el universo sacude su pereza y cobra aliento; del propio modo, Jesús Sacramentado, al enviar directamente los rayos de su amor á los cristianos, resucitan de su tibieza, ó de la culpa, ábrense sus corazones, fortalecense sus buenos deseos, aumenta la vida espiritual, y el cristiano, sacudiendo su pereza, vuela en aras del sacrificio. Mas, ¡ay! cuando negra nube desafía la rutilante lumbrera del día, entonces la naturaleza es envuelta en paño funerario; no otra cosa sucede al alma cuando en su culpa mortal se retira de Jesucristo; en este caso, la luz y el calor del Sol eucarístico se retiran, y aquella alma permanece en tinieblas, muriendo en efecto.

11. Persuadámonos, que el Deífico Sacramento es nuestra luz. ¿Quién habrá que habiendo recurrido á Jesús Sacramentado no haya sido iluminado? Hablen los santos y proclamen que todos los conocimientos adquiridos, los altos pensamientos concebidos y las resoluciones santas adoptadas, los descubrían á la luz de la Eucaristía. S. Juan Berchmans, S. J., tenía siempre fijo su pensamiento en el Santísimo Sacramento, de tal manera que en las recreaciones no sabía hablar de otros asuntos más que de este Altísimo Misterio; para el efecto llevaba varios apuntes en los cuales estaban escritas aquellas cosas con que le había iluminado el Señor desde la Eucaristía; él las leía á sus hermanos y éstos, edificados, dijeron algunas veces: «Más devoción sacamos de la lectura de Berchmans que de los libros más devotos que tratan del adorable Sacramento» (1). El autor de estas líneas conoce á cierta persona cuyos pensamientos más bellos é inspiraciones más santas fueron concebidos en la presencia del Sacramento. He ahí por qué decía con razón la bienaventurada Margarita M.<sup>a</sup> de Alacoque: «El corazón de Jesús Sacramentado es la escuela en que se aprende la ciencia de

(1) In ejus vita.

los santos, la ciencia del puro amor que hace olvidar todas las ciencias mundanas» (1).

**12.** Por esta sencilla razón, cuando las nieblas de la duda, cuando los nubarrones de la ignorancia asalten violentamente nuestro espíritu, entonces es cuando deberemos acercarnos con más confianza á Jesucristo Sacramentado. «Llegaos á Jesús, dice el profeta santo, llegaos á Jesús que Él os iluminará». Mas, ¿qué luz y conocimiento, qué bienes y provechos, pregunta un venerable autor místico (2), recibiremos con semejante trato y conversación? ¡Ah! responde el Crisóstomo: El adelantamiento en la virtud, la unión con Dios y el desprecio de los bienes terrenos (3). ¡Luz divina, luz verdadera que ilumina á todo hombre que viene á este mundo (4), que luce para aquéllos que dormidos estaban en las tinieblas y en las sombras de la muerte (5), que al propio tiempo que brilla suavemente en la inteligencia, calienta poderosamente el corazón para llevarlo con fuerza hacia ese foco inextinguible de hermosa luz en que se bañan los que ajenos son al poder de las tinieblas!

**13.** Pero el adorable Salvador envía su luz por grados á los hombres. Los que enseñan á otros necesitan muchos más resplandores que los demás, y Jesucristo los otorga á éstos plenamente. Les dice con sentidas frases: «De tal manera brille vuestra luz recibida en la presencia de los hombres, que viendo éstos vuestras buenas obras glorifiquen á vuestro celestial Padre (6)». Por estas significativas palabras desea el Redentor que sus miembros docentes proyecten á sus discípulos no otra luz que la que Él mismo les enviara. Y ¿cuál es esta luz? Es la verdad por excelencia, manifestada y explicada en el Decálogo y en las enseñanzas de los libros santos, particularmente los evangelios y las cartas apostólicas; pero esta serie de verdades, irradiacio-

(1) Morada en el S. Cor. de Jesús; Martes.

(2) P. Rodríguez, Ejercicio de perfec.

(3) Hom. sup. Ps. VII.

(4) Joan. I.

(5) Cantic. de Zacarías.

(6) Math. V. 16.

nes de la luz eterna, se cifran en Jesucristo, Verdad por esencia que, desde el Tabernáculo, cual luminoso faro, se exhibe radiante á los hombres. No se oculta, no, debajo del exiguo celemín, sino que aparece patente en el Sagrario para ser visto de todos y para que todas las naciones, en sus perplejidades y aberraciones monumentales, divisen la Luz eucarística que les enseña el camino de la verdad, y á Ella se dirijan atraídas por los benéficos rayos del amor de Jesucristo.

**14.** ¡Qué dulce consuelo es para la racional criatura poder admirar de cerca la Luz divina! En aquellas obscuridades del alma en que todo se presenta á sus vendados ojos cual noche tenebrosa, y en la que pelagra dar un paso más, ¡qué hermoso es llegarse al Sagrario para ser iluminados con los vivos resplandores de la Hostia sacrosanta! No, no es posible acercarse á Jesús y no deponer la duda; no, no es posible ser iluminados por Jesús y encontrarse entre las nieblas del error: que el verdadero periódico diario debe ser Cristo Sacramentado. Á éste conviene leer todos los días, el cual, al propio tiempo que nos dará luz, nos proporcionará consuelos infinitos. Los cristianos prácticos, los siervos de Dios conocían de memoria el trayecto que al Sagrario conduce; es que lo frecuentaban muchas veces, y tantas veces lo frecuentaban porque en su término hallaban satisfechas sus aspiraciones. S. Francisco Javier, después de terminados los apostólicos trabajos, se dirigía al templo, y en la sacristía misma tomaba su parco descanso; y el V. P. Sebastián, franciscano, yendo á la ordinaria póstula, se concertaba con los sacristanes de los pueblos para que le encargasen del toque de ánimas, no con otro objeto sino con el de quedarse en la iglesia para recibir la luz eucarística durante la noche. ¡Ah! ¿Y no querremos imitar en lo posible el ejemplo de los santos? ¿Nos avergonzaremos de acercarnos á Jesús para bañarnos en su luz divina?

**15.** ¡Oh Sacramento bellissimo! Permitid que os dirija con la Iglesia esta corta deprecación para las almas sumidas en el error y en las sombras. *Et lux perpetua luceat eis.*

Que la luz eterna resplandezca para ellas. No menos necesitan las almas del purgatorio la luz perdurable de la gloria, que las desdichadas que aún viven en los errores de este siglo, la luz eucarística. Vuestra luz, Señor, brille en todas las partes del mundo y en las inteligencias de los hombres, para que por todos y en todas partes se os adore como á Dios, y se os proclame Rey de los siglos y de las eternidades. Amén.

## EJEMPLO

Refieren las crónicas franciscanas que el beato Antonio Estronconio, lego de profesión en la Orden Seráfica, profesaba un amor no común á la Santa Eucaristía. Todos los días del año practicaba mil genuflexiones en honor del Sacramento. Cuando se ponía en presencia de este adorable Misterio quedaba repetidas veces dulcemente absorto en la contemplación de las finezas eucarísticas; y en una de estas ocasiones en que tanto se deleitaba su corazón amante, le reveló el Señor que gustaría sobremanera le encendiese muchas velas en el altar al tiempo de ser celebrado el tremendo Sacrificio de la Misa. El mencionado siervo de Dios, aunque pobre de profesión, pedía cera de limosna para poder ejecutar las órdenes de Jesucristo, quien, al exigir á su siervo tanta profusión de luces, quería manifestarle que Él es la luz que ilumina á todo hombre.



## XIV

*Jesucristo Sacramentado, Médico de  
nuestras almas.*

*Sana me, Domine.  
Cúrame, Señor.*  
Ps. VI, 2.

1. Cuando á un torrente devastador con todos los horrores de sus furias, se le puede oponer fortísimo dique que impida su desbordamiento, el ánimo perturbado se tranquiliza y cobra nuevos alientos y esperanzas salvadoras. Tristes, muy tristes son los efectos de toda enfermedad, principalmente si es contagiosa y á su rápido desarrollo, que aumenta progresivamente cual arroyo creciente en tiempo de lluvias torrenciales, apenas se podrá oponer dique humano: cesará cuando plazca al Altísimo. Empero, pudo el caudillo de Israel, mediando el mandato divino, remediar á sus súbditos de la aguda dolencia epidémica con una serpiente de metal que colocara sobre un madero en forma de cruz, de suerte que los que miraban con fe la imagen del reptil quedaban repentinamente curados.

Mas, ¿cuál es esta simbólica serpiente fijada sobre la cruz, sino el Redentor crucificado, pero un Redentor que ha depositado toda su virtud, todos sus tesoros, todos sus méritos en el Sacramento Santísimo? Este Sacramento es, pues, con verdad, el fortísimo dique que puede oponerse al terrible contagio de las enfermedades espirituales y alguna vez también, aunque *per accidens*, de las corporales. En